

GANADORA AUTONÓMICA



LAS PALABRAS PERDIDAS

Candela Torres Arellano

IES Algarb (Baleares)

Adam no era un chico corriente. Las personas no se giraban al verlo pasar, pues ni él, ni su trastabillante forma de andar, ni su pelo pajizo, llamaban la atención.

Adam parecía un chico sin brillo. Sus padres hacía tiempo que se habían rendido. Le dejaban solo, allá en su mundo, pensando que le habían perdido.

El mundo de Adam era un mundo diferente, pues ni de ladrillo ni de mármol estaba construido. Era un mundo de palabras, de sueños e historias, que se alzaban como murallas impenetrables, como torreones defensivos que todo y nada veían.

Adam recortaba. No paraba de recortar. No había nada que más le gustara que el *zis - zas* de sus tijeras contra el papel.

Adam recortaba. No paraba de recortar. Recortaba palabras y más palabras que creaban montañas blancas en el suelo de su habitación. *Zis - zas, zis - zas...* Palabras nevaban. Adam no veía otra cosa a través de su flequillo de paja. Sus ojos buscaban ansiosamente las palabras más raras o las que simplemente más le gustaban. Daba igual a qué hora, daba igual qué día. Él solo quería sus palabras perdidas.

Pero un día todo cambió.

Adam se despertó. Le escocían los ojos, pues se había quedado hasta altas horas creando colinas de periódico. Sentía la boca reseca y una sensación extraña en el cuerpo. Un cosquilleo desagradable.

“Algo no va bien”.

Se levantó de un brinco brusco. Los viejos muelles de la cama gimieron. Trepó por la estantería.

“Algo no va bien”.

Lo notaba, lo notaba en el aire. Sus manos pasaron las páginas de su diccionario favorito, aquel que guardaba en lo más alto.

“No”.

Todo estaba mal. Cambiado, desordenado, catastrófico. Mal. Adam se pellizcó varias veces el brazo, ya que aquello parecía la peor de las pesadillas.

De súbito, el mundo parecía tambalearse. Adam fue de libro en libro, estaba a punto de echarse a llorar.

“Mis palabras están perdidas. Perdidas de verdad”.

No se molestó en peinarse, ni en quitarse el pijama. Corrió escaleras abajo oyendo cómo su pequeño mundo se derrumbaba a sus espaldas.

“¡Papá!, ¡Mamá!”.

Sus padres estaban en el salón, con la televisión encendida y el olor a café impregnado en el aire. Adam pudo escuchar la monótona voz del presentador decir algo que sonaba así: “El mundo despierta con las definiciones de los diccionarios cambiadas”.

A Adam no le gustó aquella frase. Sonaba fría, sonaba gris.

Sus padres miraban indiferentes la televisión. El muchacho vio la boca de su madre moverse. Largos instantes más tarde, su voz de flauta travesera llegó:

“Qué pena. Aún así, hoy en día nadie lee”.

“Es cierto” – saltó el trombón que era la voz de su padre–. “No creo que nadie se de cuenta”.

Adam se fue. No llegó a oír las carcajadas.

“¿Qué puedo hacer?”

Adam estaba allí, sentado en su lugar favorito del mundo: la biblioteca. Sostenía en sus brazos un diccionario perdido.

Trataba de ordenar sus pensamientos con la ayuda del perpetuo silencio de la biblioteca. Respiraba entrecortadamente.

“¿Qué puedo hacer?”

A lo lejos sonó el nervioso repiqueteo que emitían los tacones de aguja de Miss Blue, la bibliotecaria. Vio a Adam sentado en su rincón, con su mirada de loco clavada en algún punto perdido y aferrándose con la fuerza de sus nudillos blancos a un libro verde.

“Adam – llamó-, ¿te encuentras bien?”.

Adam no respondió. Adam nunca respondía. Solo le dirigió una mirada cobriza, cargada de miedo.

Miedo.

Miss Blue notó una flor azul de tristeza florecer en su interior.

“Lo siento por lo de los diccionarios. Lo siento mucho”. Y se fue.

Adam pensó que no lo sentía de verdad.

Adam leía. Leía por decimoséptima vez el viejo tomo de *La Isla del Tesoro*. Podía ver las letras, podía oler el libro, podía sentir el tacto rugoso de las páginas amarillentas.

Pero su mente no estaba allí. Él no estaba allí.

Estaba lejos, muy lejos, vagando por el caos que era ahora su mundo, en busca de las palabras perdidas. Buscaba, buscaba.

Tiró el libro al suelo. Con violencia. Enseguida se arrepintió. El libro hizo que cientos de copos de papel flotaran por la habitación.

Adam abrió mucho los ojos. Una de sus palabras se le había posado en la nariz. La leyó, la dijo en voz alta. Su voz apenas fue un suspiro que se fundió en el aire.

“Rellenar”.

Adam salió corriendo de allí.

Ese día, la gente sí que se giró para mirar a Adam. Miraban al chico de pelo de paja que pedaleaba a toda prisa por las calles con un libro bajo el brazo. Sonaron cientos de cláxones e insultos. Adam no los escuchó.

Cuando llegó a casa, Adam arrojó violentamente su mochila. Creo que rompió algo, pero le dio igual. En su cabeza resonaba una sola palabra: “Rellenar. Rellenar”.

Sus padres seguían mirando absortos la chillona televisión. No notaron la llegada del chico de las palabras. Adam sacó cola de su estuche y entró en su pequeña y blanca habitación. No había tiempo que perder. Se llevó un puñado de copos de papel y, poco a poco, palabra por palabra, fue rellenando el libro en blanco.

“Rellenar. Rellenar”.

Cuando acabó la letra Z sólo podía pensar en una cosa.

“Las palabras perdidas han sido encontradas”.

FIN